

Joan Febrer

QUEREMOS VER A JESÚS DE LA MANO DE JUAN

EMAÚS 102



Joan Febrer

Queremos ver
a Jesús,
de la mano de Juan

Col·lecció Emaús 102
Centre de Pastoral Litúrgica

Sumario

Introducción	9
1. La “carne” de la Palabra (1,1-18).....	17
2. El Bautista, el amigo del esposo (1,19-36; 3,22-36)	23
3. El camino: bajada y subida (14,1-14)	26
4. Obras significativas (5,17-47).....	30
5. Diálogos de tú a tú (4,4-26)	38
6. Discípulos y “discípulo amado” (1,35-51; 13-17)	48
7. El mandamiento nuevo (13,1-35)	54
8. La verdad que nos hace libres (8,31-59)	59
9. Plenitud desbordante de vida (1,16-17)	64
10. El pastor y el rebaño (10,1-21)	71
11. El proceso (18,12-19,16).....	76
12. Religiosidad incrédula (5,19,47; 8,31-59)	82
13. La señal de la cruz (3,14-15; 8,28; 12,22)	88
14. De la carne al espíritu (14,15-31; 16,4-15)	94
15. Dolores de parto (15,18; 16,4; 16,16-24)	98
16. “Hemos visto al Señor” (20-21)	102
Epílogo: La carne de la fe	107

7. El mandamiento nuevo (13,1-35)

AMAR

Las palabras “*amar, amor, amado*” (traducción del griego *agapao, agapé, agapetós*) aparecen 320 veces en los escritos del Nuevo Testamento, entre los cuales destacan por la frecuencia del uso los escritos de Juan: 106 veces. Este amor va en todas direcciones: amor de Dios y a Dios, de Jesucristo y a Jesucristo, y amor de los unos a los otros entre los discípulos de Jesucristo. Se trata siempre de un amor más profundo y duradero, más gratuito y desinteresado que el amor sentimental y erótico.

Fuente: *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*. H. Balz y G. Schneider. Ed. Sígueme, Salamanca 2001.

a. Cuestiones

¿Qué es primero, amar o ser amado, amar gratuitamente o amarse recíprocamente?

¿El amor a Dios y el amor a los demás se avienen?

¿Cómo dar a nuestra Iglesia el rostro del mandamiento nuevo?

b. Meditación

La norma básica que rige la comunidad de discípulos, antes que cualquier tipo de organización y distribución de roles, es el conocido como *mandamiento nuevo* formulado con estas palabras: “*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado*”. Si nos fijamos bien este mandamiento nuevo entre los discípulos no tiene como pauta y medida *el amor a uno mismo* (según Levítico 19,18, retomado por otras formulaciones en los sinópticos) sino el amor que él, Jesús, nos ha tenido primero: “*como yo os he amado*”.

Ser amados está, pues, antes que amar. “*Como el Padre me ha amado, así os he amado yo: permaneced en mi amor*” dice más adelante (15,9). Y en la hora decisiva de la Pasión, Jesús, “*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo de dar la vida; porque no hay amor más grande que dar la vida por los amigos* (15,13). Dios ama al mundo entero y quiere su salvación, pero este amor sin fronteras se personaliza en los discípulos. La fraternidad de estos nace pues del amor con que el Padre ama a su Hijo y este ama a sus discípulos. Es el amor gratuito de Dios que crea vínculos nuevos de comunión.

De ahí brota **el amor agradecido** de amar a quien nos ha amado primero y la consecuencia de amarse recíprocamente los que han recibido esta prueba suprema de amor. El amor de los unos a los otros se manifiesta en el servicio recíproco, tal como Jesús mismo lo ha representado en el lavatorio de pies: “*Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies*

unos a otros". El mandamiento nuevo se concreta no en palabras sino en gestos de servicio recíproco siguiendo el ejemplo de Jesús, Maestro y Señor. Lavarse los pies quiere decir rebajarse al nivel más humilde que el otro, allá donde el camino de la vida resulta más pesado y sucio. El servicio anula las categorías jerárquicas y da dignidad tanto al que es servido como al que sirve.

El mandamiento nuevo tiene **dirección de ida y vuelta**, es decir, que es para vivirlo en la reciprocidad de *los unos a los otros*, dando y recibiendo: lavar los pies de los demás y dejárselos lavar, acoger y ser acogido, perdonar y ser perdonado, ayudar y ser ayudado, enseñar y aprender, saludar y ser saludado... Porque quien manda en la comunidad no es para los demás un padre del cual nace la comunidad sino un condiscípulo del único Maestro, amigo de una comunidad de amigos, hermano del Señor que nos ha hermanado a los unos con los otros. Ahora bien, este amor recíproco sólo se puede dar en condiciones de igualdad, y si perdura la desigualdad es un amor que promueve la igualdad; es amor servicial que excluye tanto la indiferencia y la rivalidad como el paternalismo. Es como el amor entre esposos, entre hermanos y compañeros, pero mucho más, porque se ha de practicar entre discípulos de aquel que nos ha amado primero.

El amor recíproco del mandamiento nuevo tiende a **superar los dualismos** Dios y nosotros, yo y los demás, yo y la creación, la Iglesia de base y la Iglesia jerárquica... para avanzar juntos hacia la unidad de la comunión, tal como reza la plegaria final del sermón de despedida: "*Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti*" (17,11-21). No se trata de una unidad uniformizadora impuesta desde fuera; no es, tampoco, el amor de fusión que anula la propia personalidad, sino aquel amor de comunión

entre diversos que mana del amor recibido y dado. Es el proceso de extensión a los discípulos del amor del Hijo con el Padre y del Padre para con el Hijo: un amor que todo lo recibe y todo lo da. Un amor en camino que da pasos en el diálogo, la búsqueda de consenso, la superación de los conflictos y que se alimenta de la voluntad del Padre: por eso Jesús reza continuamente al Padre *que todos sean uno*. De esta manera el amor entre los discípulos se integrará en el amor total de Dios y podrá manifestar en medio del mundo su gloria.

Yo pienso que **trabajar en la sociedad por la igualdad** de derechos y deberes entre hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sanos y discapacitados, autóctonos y recién llegados... es poner las condiciones para que el nuevo mandamiento sea practicable. Ahora bien, con la intensidad con que la proclama el evangelio creo que el mandamiento nuevo sólo puede ser vivido en comunidades pequeñas de relaciones interpersonales. En estos grupos—comunidades domésticas, la parroquia y la diócesis como comunidad de comunidades—los fieles tiene nombre, pueden conocerse e interesarse los unos por los otros, y poner en común los diferentes y complementarios servicios. La praxis continuada de rezar juntos *en el nombre de Jesús* y de escuchar juntos la Palabra es el camino para avanzar hacia la deseada unidad que mana del amor y, al mismo tiempo, lo dinamiza.

Estas comunidades han de evitar el peligro de convertirse en sectas o en una especie de clubs privados; por eso sus miembros, enviados al mundo que Dios tanto ama, es necesario que trabajen desinteresadamente fuera, en el ámbito civil, por la igualdad y la fraternidad entre todos los conciudadanos, aunque han de poder retornar al calor acogedor de la comunidad para fortalecerse en lo que es

el fundamento de su compromiso, como las ramas, que si no están unidas al tronco que es Cristo no pueden dar fruto (15,1-10).

El amor del mandamiento nuevo es el distintivo propuesto por Jesús, por el que “*todos conocerán que somos sus discípulos*”. Las señas de identidad no son ni la liturgia como ritual, ni un tipo de organización eficiente, ni tampoco el hecho de ser estadísticamente muchos o de tener una gran influencia política o de estar presentes en los grandes medios de comunicación de masas; el distintivo no es tampoco el hecho de estar bien avenidos en ideas políticas o como clase social, sino algo más simple y más exigente: *amarse los unos a los otros como él nos ha amado*. Es más, según reza Jesús en el sermón de la última cena, el mundo ha de poder creer en el enviado por el amor del Padre viendo cómo sus discípulos viven en comunión los unos con los otros.

c. Oración

Somos pobres y nos sentimos necesitados de amor, haznos sentir tu amor para que seamos como tú, hijos que lo reciben todo del Padre.

Somos hermanos, haz que nos amemos unos a otros por la fuerza de tu Espíritu que hace manar, de nuestro interior, la comunión que tú tienes con el Padre.

Somos tus seguidores, haznos capaces de amar gratuitamente, como tú has hecho con nosotros y con aquellos que, en medio de la multitud, esperan quien les escuchará y se hará cargo de ellos.